

Rike Bolte* y Maricela Guerrero

Presentación: Maricela Guerrero, intervención poética de siembra y cultivo

<https://doi.org/10.1515/iber-2025-2019>

En un viaje a Los Ángeles que la poeta mexicana Maricela Guerrero emprendió con motivo de la presentación de su tercer poemario, *Kilimanjaro* (2011), jugó un rol crucial la primera novela de Rosario Castellanos, *Balún Canán* (1957). No referimos la situación como tal, porque aparece en una entrevista que le hizo a Guerrero otro representante de la poesía actual mexicana, Carlos Vicente Castro,¹ pero queremos rescatar el momento dialógico de ella; no el de Castro y Guerrero, sino el de Guerrero y Castellanos.

Pues Guerrero le cuenta a Castro que, buscando la novela de Castellanos en una circunstancia de estrés del mencionado viaje, la autora de *Balún Canán* (fallecida en 1974) le habría prestado atención haciendo aparecer su libro entre las maletas que ella (Guerrero) estaba haciendo. Aludimos a esta anécdota porque el quehacer poético de Maricela Guerrero es —entre lo divertido y diverso— paradigmáticamente comunicacional (y comunitario), ya que suele englobar coloquios (exquisitamente extravagantes) y vivir en muchos sentidos una ecología muy propia, de reciclaje. Esta ecología se manifiesta, por ejemplo, en forma de resonancia, como recolecta de palabras y otras sonoridades provenientes de escrituras de otras épocas (la de Sor Juana etc.).

En el caso de Rosario Castellanos, Guerrero interviene en la obra de la otra, reiniciándola. La novela *Balún Canán* fue impulsada por la infancia que su autora pasó en Comitán (nombre en maya clásico: Balunem K'anál), bajo los antagonismos de la cultura indígena y la casta terrateniente. Guerrero le responde a este relato con el *reenactment* de una escena del capítulo xx de la novela, en el que la nana indígena de la protagonista se dirige a dios —al dios conocido, masculino— pidiéndole que este cuide de la niña. En la intervención de Guerrero, este rezo es reemplazado mediante un nuevo texto que ocupará el templo patriarcal: la invocación de

¹ Cf. <https://casabukowski.com/entrevistas/el-juego-de-maricela-guerrero-la-forma-de-las-hojas/>.

***Corresponding authors:** Rike Bolte, Humboldt-Universität zu Berlin, Institut für Romanistik, Unter den Linden 6, 10099 Berlin, Alemania, E-Mail: rike.bolte@hu-berlin.de
Maricela Guerrero, Ciudad de México, E-Mail: papelcontante@gmail.com

una diosa o entidad vegetal. Además, Guerrero transforma el oratorio en un espacio de siembra y cultivo: la milpa, sistema agrícola multifuncional y milenario que en la actualidad sirve como modelo para el cultivo sustentable en México y otras partes del mundo. En términos eco-epistemológicos, este sistema en el poema de Guerrero se antoja un medio metabólico que incorpora el mismo lenguaje, que trastornará y pluralizará sus operaciones. Mientras, la niña sembrada por la novela de Castellanos se transmuta en ceiba.

Maricela Guerrero fue tan generosa de permitir la publicación de su texto en este dossier.

Rezo. Intervención al Capítulo xx de *Balún Canán*²

Por Maricela Guerrero

Para les ustedes hijos

Mi nana me lleva aparte para despedirnos. Estamos en el escampado.
Al lado de la milpa. Nos arrodillamos ante las ceibas que nos rodean.
Veo plantas que suben se enredan, echan hojas tallos y raíces y dejan
pasar los rayos del sol. Veo ceibas, líquenes, musgos, helechos,
plantas que se enredan.

Luego mi nana hace un gesto con sus manos sobre lo que aún es mi
rostro y dice:

Vengo a entregarte a mi criatura. Señora, tú eres testigo de que no
puedo velar sobre ella ahora que va a dividirnos la distancia. Pero tú
que estás aquí lo mismo que ella, protégela. Abre sus caminos, para
que no tropiece, para que no caiga, que se quede aquí, que enraíce y
crezca. Que la piedra no se vuelva en su contra y la golpee. Que no
salte la alimaña para morderla. Que el relámpago no enrojezca su
copa ni la alcance, porque con mi corazón y mis cuidados, ella te ha
conocido y jurado fidelidad y te ha reverenciado. Porque ustedes tú
eres poderosa porque tú somos eres fuerte.

Apiádate de sus ojos. Que no miren a su alrededor como miran las
aves de rapiña. Que sus ojos respiren luz y fluyan hacia ella.

2 Castellanos, Rosario. *Balún Canán*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1957.

Apiádate de sus hojas. Que no las cierre como el tigre cierra las garras sobre su presa. Que las abra para dar lo que posee: azúcares y oxígeno. Que las abra para recibir lo que necesita: aire, agua, luz. Como si obedeciera tus leyes todas de la tierra y el universo.

Apiádate de su lengua: estomas. Que no suelte amenazas nunca, como suelta chispas cuando su filo choca contra otro filo. Que suelte aire, aroma, resina, brizna.

Purifica sus entrañas para que de ellas broten los actos, no como la hierba rastrera, sino como los árboles grandes que sombrean y dan fruto, que sea una ceiba.

Guárdala, como hasta aquí la he guardado yo, de respirar desprecio. Si uno viene y se inclina ante su faz que no alardee diciendo: yo he domado la cerviz de este potro, yo lo he alimentado. Que ella también se incline a recoger esa flor preciosa —que a muy pocos es dado cosechar en este mundo— que se llama humildad, venir del humus, que sea de tierra.

Resérvale el ánimo de custodia, de guardiana con otras como ella en este suelo. Que pese más su paciencia que su cólera y respire y de frutos, sombra. Para que pese más su compasión que su justicia y crezca y de aire, oxígeno. Que pese más su amor que su venganza. Que sea una planta que se expanda.

Abre su entendimiento, ensánchalo, para que pueda caber la verdad y la propague por el orbe en la recuperación de las selvas de los bosques de los ríos de los mares de los hielos y los cielos. Que se detenga antes de descargar el latigazo, sabiendo que cada latigazo que cae graba su cicatriz en la espalda del verdugo de los que ya hemos tenido linajes de maldad innumerables. Y así sean sus gestos y su tacto sus aromas como el ungüento derramado sobre las llagas de la tierra y las bestias.

Vengo a entregarte a mi criatura. Te la entrego. Te la encomiendo. Para que todos los días, como se lleva el cántaro al río para llenarlo, lledes su corazón a la presencia de los beneficios que de sí se han recibido en el mundo. Para que nunca le falte gratitud y gracia y expansión en vegetal soberanía sin ocaso.

Que se expanda sobre las mesas, los dormitorios, los campos y ciudades donde jamás nunca se siente de nuevo el hambre. Que bese el piso que cubre y es hermoso. Que palpe y trepe por los muros de las casas, verdaderos y sólidos y los transforme en recintos para una espiritualidad vegetal que hermane y fluya en otra convivencia posible.

Oímos, a lo lejos, el trajín de los arrieros, de las criadas ayudando a remachar los cajones. Los caballos ya están ensillados y patean los ladrillos en el zaguán.

La voz de mi madre dice mi nombre buscándome.

La nana se pone de pie. Y luego se vuelve a mí diciendo:

—Es hora de separarnos, niña.

Pero yo sigo en el suelo, cogida de su tzec con una rama, llorando porque no quiero que se vaya. Porque el conjuro. Así que enraizo y percibo como mis pies se ramifican hacia el suelo y surgen radículas que atraviesan la tierra, y como de mis brazos y mis manos salen tallos y ramificaciones, hojas, me vuelvo una pequeña ceiba en medio de las otras, de la selva al lado de la milpa.

Mi nana me aparta delicadamente y crezco. Besa mis hojas, se abraza a mi tronco adolescente y hace un signo con sus palmas que percibo como un nuevo comienzo. Y dice:

—Mira que con lo que he rezado es como si hubiera, yo vuelto, otra vez a amamantarte, te siembro, planto.

Bibliografía

Maricela Guerrero: "Rezo. Intervención al Capítulo xx de Balún Canán". *A río revuelto*, de Maricela Guerrero, Nuevo León: UANL, 2022, pp. 13–16.